

y teología coinciden, lugar para el que san Josemaría abrió un amplio surco.

Voces relacionadas: Desprendimiento; Fraternidad; Justicia; Moral cristiana; Servicio, Espíritu de; Sociedad; Solidaridad; Promoción social y desarrollo.

Bibliografía: JUAN PABLO II, Cart. Enc. *Centesimus annus*, 1991; Hanna ARENDT, *La condición humana*, Madrid, Paidós, 1993; José Luis ILLANES, “Economía y discurso teológico: análisis de un encuentro”, en Luis RAVINA (ed.), *Economía y Religión*, Pamplona, EUNSA, 2000, pp. 97-118; Miguel Alfonso MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA, “Una antropología para el agente económico”, en Rafael RUBIO DE URQUÍA - Enrique UREÑA - Félix MUÑOZ (eds.), *Estudios de Teoría Económica y Antropología*, Madrid, Unión Editorial, 2005, pp. 513-533; Juan VELARDE FUERTES, *Consideraciones sobre la Ética en economía y su proyección en España. Un debate sobre las ideas económicas del Beato Escrivá de Balaguer*, Madrid, Fundación Studium, 2002.

Reyes CALDERÓN

ECUADOR

1. Inicio de la labor estable. 2. El viaje de catequesis en 1974. 3. Breve panorámica en el año 1975.

La labor apostólica del Opus Dei en Quito se inició entre 1952 y 1954, aunque estuvo precedida por el conocimiento en Roma de un ecuatoriano que realizaba sus estudios universitarios, Juan Ignacio Larrea Holguín, y que se incorporó a la Obra en 1949. A él le correspondió iniciar la labor apostólica en su propio país.

1. Inicio de la labor estable

El 6 de octubre de 1952 llegó Juan Larrea a Quito. En junio de ese mismo año, unos días antes de culminar sus estudios universitarios en Roma, el fundador del Opus Dei le había dicho “y tú Juan, irás a Ecuador”: sería él quien iniciara la labor

(cfr. LARREA, 2007, p. 117). Al día siguiente de llegar a Quito, visitó, por indicación del fundador, al cardenal Carlos María de la Torre, que manifestó su agrado por cuanto Juan Larrea le explicó acerca del Opus Dei, y le ofreció sus oraciones por el futuro establecimiento de la Obra en su archidiócesis (cfr. LARREA, 2007, pp. 118-119).

San Josemaría mantuvo una correspondencia personal, cariñosa y estimulante con Juan Larrea, a quien animaba a ser muy fiel y a hacer mucho apostolado en las circunstancias en que se encontraba. Con la ayuda de buenos amigos, Juan organizó charlas, conferencias, y círculos de estudio para jóvenes estudiantes o profesionales en casa de sus padres, en su despacho profesional o en las aulas de algún colegio. Otra actividad que sirvió para consolidar amistades fueron las numerosas excursiones a los montes nevados de los alrededores de Quito (cfr. LARREA, 2007, p. 121).

San Josemaría había animado a Juan a pedir a su madre que reuniera a sus amigas para que él pudiera explicarles el Opus Dei. Así lo hizo. Acudieron diez o doce señoras que “muy espontáneamente se ofrecieron a rezar todos los días por la Obra, preparar manteles y otros utensilios litúrgicos para un futuro oratorio y hacer una aportación mensual con igual finalidad”. De entre ellas y sus hijas surgieron más adelante las primeras mujeres ecuatorianas de la Obra (cfr. LARREA, 2007, p. 123).

Entretanto la labor apostólica iba tomando cuerpo y se conocía más el Opus Dei en diversos ambientes. San Josemaría estaba al corriente de todo y seguía animando a Juan Larrea con sus cartas (cfr. LARREA, 2007, pp. 123-124). El 30 de septiembre de 1954, le escribió una cariñosa carta en la que le anunció la próxima llegada de don Joaquín Madoz: “Querido Juanito que Jesús te me guarde. ¿Habrá llegado Quinito antes de que llegue esta carta? No sabes con qué alegría espero vuestras noticias. No te preocupes por las ordinarias dificultades que nos promueven: contento

y con sentido sobrenatural, adelante. Encomiendo a esos hijos del Ecuador y los que irá el Señor promoviendo en esa querida nación. Un abrazo. Te bendice, os bendice vuestro Padre, Mariano. Saluda afectuosamente a tus papás” (LARREA, 2007, p. 125). Con la llegada de don Joaquín se instaló el primer Centro del Opus Dei en Ecuador: un piso pequeño ubicado en la calle Asunción, cerca de las universidades.

Don Joaquín se encontró con un terreno bastante preparado por Juan y enseñada puso en marcha nuevas actividades para hombres y para mujeres: cursos de retiro, meditaciones, pláticas, etc.

Uno de esos cursos de retiro fue determinante para que dos mujeres de Ecuador, Lourdes Pérez Guarderas y Carmen Pérez Arteta, descubrieran el mensaje del Opus Dei y poco después pidieran la admisión en la Obra. Unos meses más tarde se incorporó Carmen Borja Peña. Se puede decir que comenzaba la historia de la labor del Opus Dei con mujeres. Esto creó cierto revuelo en la sociedad quiteña, y surgieron algunas contradicciones que se sofocaron con fe y serenidad.

En abril de 1956, las mujeres alquilaron una casa en la calle Toledo, que contaba con las condiciones necesarias para el desarrollo de la labor apostólica. Con la ayuda de diversas personas, se instaló la casa con sobriedad y buen gusto. El 2 de mayo de 1956 llegaron a Quito, María Dolores Sanz, Ana María Echeveste y Ana Surribas. Antes de partir de Roma, las tres recibieron la bendición de san Josemaría, que comentó: “el Ecuador será un río de vocaciones siempre que lo reguéis con un río de santidad” (*Noticias*, V-1956, p. 47: AGP, Biblioteca, P02). Las que las recibieron en Quito sintieron la cercanía de san Josemaría en todo lo que contaban las recién llegadas, que transmitieron sus enseñanzas en la vida diaria: ser contemplativas en medio del mundo, en el trabajo, en todas las realidades humanas, santificándolas y convirtiéndolas en medio de

apostolado. En 1963 se abrió un Centro en Guayaquil, ciudad a la que se viajaba por motivos apostólicos desde 1960.

2. El viaje de Catequesis en 1974

El día 1 de agosto, a las once de la mañana aterrizó el avión que llevaba a san Josemaría a Quito desde Lima. Al llegar al oratorio de la casa donde se iba a hospedar esos días, saludó al Señor y cuando miró a la Virgen exclamó: “*Tota pulchra est Maria!*”. Se trataba de una talla de la Asunción de la Virgen de la Escuela Quiteña, de gran valor artístico, que actualmente preside en el oratorio de Ilaloma, la casa de retiros de Quito.

La altitud de Quito, casi tres mil metros sobre el nivel del mar, provocó en san Josemaría el mal conocido como “soroche”: le faltaba el oxígeno, no descansaba bien por la noche, tenía vértigos y era incapaz de caminar solo. La bronconeumonía que había padecido en Lima se había reactivado (cfr. AVP, III, pp. 719-720).

A pesar de los consejos médicos no quiso abandonar la ciudad: “Estoy dispuesto a permanecer aquí el tiempo que sea necesario, hasta que me adapte, para poder hablar de Dios, pues a eso he venido” (AVP, III, p. 720). Se levantaba cada día un rato por la mañana e iba al oratorio a recibir la Comunión, porque no estaba en condiciones de celebrar la santa Misa.

San Josemaría quiso conocer más de Ecuador, pero como estaba obligado por sus circunstancias físicas a guardar reposo, los que le acompañaban le hablaron de la realidad de este país, de su historia, de las labores apostólicas de la Obra, de la gente. A pesar de su precaria salud, se situó en la realidad del país y desde ahí, con sus molestias, con su intensa oración, removió esta tierra.

En la habitación del Padre se había colocado un cuadro de san José con el Niño coronándole. En un momento comentó: “Me he puesto muy contento, porque yo he

tardado años en descubrir esa teología josefina, y aquí no he tenido más que abrir los ojos y la he visto confirmada. ¡Muy bien!”.

Sólo se pudieron tener cuatro tertulias, con grupos más bien reducidos de hijas e hijos suyos y algunos amigos. Sus palabras dejaron una huella profunda en el alma de los que le escucharon y su estancia en tierras ecuatorianas constituye un tesoro avalado por el sacrificio de su enfermedad y el dolor por no haber podido celebrar el Santo Sacrificio. La víspera de su partida comentó: “Os tengo que decir que, como a ratos me mareo, no he podido celebrar la Santa Misa y me han dado la Comunión todos los días; entonces me emociono mucho más y amo más a este Quito y a este Ecuador” (AVP, III, p. 722).

Con buen humor añadió: “Es que no soy un hombre de altura. De manera que Quito no me ha gastado ninguna broma. Ha sido Nuestro Señor, que sabe cuándo las hace, y juega con nosotros. Mira, lo dice el Espíritu Santo: *ludens coram eo omni tempore, ludens in orbe terrarum*, en toda la tierra está jugando con nosotros, los hombres, como un padre con su niño pequeño. Ha dicho: éste, que está tan enamorado de la vida de infancia, de una vida de infancia especial, ahora se la voy a hacer sentir yo. Y me ha convertido en un infante. ¡No deja de tener gracia!” (AVP, III, p. 721).

La tarde del día 12 había manifestado: “aunque ya sabía que el Ecuador es una gran nación, la nación del Corazón de Jesús, no conocía que era una nación de almas tan selectas, que me iba a costar una medio enfermedad” (AVP, III, p. 723). El día 15, fiesta de la Asunción de la Virgen, san Josemaría se fue de Quito a Caracas.

3. Breve panorámica en el año 1975

En 1975 el Opus Dei realizaba su labor apostólica en Quito y Guayaquil. En las dos ciudades había ya en esa fecha una amplia labor apostólica con hombres, mujeres, estudiantes jóvenes, niñas y niños

que acudían a clubes juveniles para recibir formación adecuada para su edad. También se atendía a jóvenes campesinas de distintos pueblos que se acercaban a trabajar en las administraciones domésticas de los Centros de la Obra, y que recibían formación adecuada a sus circunstancias.

Como instrumentos apostólicos en Quito, las mujeres contaban con el Centro Cultural Tulpa, en el que se impartían clases de Turismo y Decoración; el Colegio Los Pinos y una casa de retiros, Miranda, ubicada en uno de los valles aledaños a la ciudad. En Guayaquil funcionaba el Centro Cultural Guayalar, al que iban muchas chicas para recibir medios de formación cristiana y también clases de Turismo y Secretariado.

En el año 1974, cuando san Josemaría visitó Ecuador, los hombres del Opus Dei habían impulsado varias labores apostólicas, entre otras la Residencia de Estudiantes Universitarios Ilinizas, que funcionaba en Quito desde 1957. Algunos estudiantes promovieron los periódicos estudiantiles *Norte* (universitario) y *Alfa* (de bachilleres), que circularon a nivel nacional. Estas publicaciones difundían noticias e inquietudes juveniles y temas doctrinales, recordando que, como había dicho san Josemaría, “el mayor enemigo que tiene Dios en el mundo es la ignorancia; por tanto, nuestro deber es dar doctrina siempre, en todas partes y con todos los medios” (*Carta 30-IV-1946*, n. 43: AGP, serie A.3, 92-5-1).

El Colegio Intisana, fundado en 1966, es obra corporativa de apostolado desde 1988. Es el primer establecimiento de Ecuador dedicado a la educación escolar. Los promotores siguieron el consejo de san Josemaría: “Te recordaré que los colegios están formados en primer término por los papás, que buena falta les hacen las lecciones. Primero, los papás; después, los profesores; y después los niños” (*Catequesis en América*, II, 1974, p. 532: AGP, Biblioteca, P04). La Sección Nocturna del Colegio Intisana empezó en el año 1974.

En Guayaquil, en 1963, comenzó el Centro de estudiantes Los Esteros, y las actividades deportivas y sociales del Club Pelicano concentraron gran número de estudiantes.

Voces relacionadas: Catequesis, Labor y viajes de.

Bibliografía: AVP, III, *passim*; Juan LARREA, “Dos años en Ecuador (1952-1954): Recuerdos en torno a unas cartas de San Josemaría”, *SetD*, 1 (2007), pp. 113-125; Antonio VÁZQUEZ, *Juan Larrea. Un rayo de luz sobre fondo gris*, Madrid, Palabra, 2009.

Carmen BORJA PEÑA

EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

1. San Josemaría, educador
2. Rasgos principales de la actividad educativa.
3. Los padres, primeros educadores.

San Josemaría Escrivá de Balaguer aportó valiosas contribuciones en el campo de la educación como maestro y educador, como promotor de centros educativos, colegios y universidades, y como primer Canciller de las Universidades de Navarra y de Piura. Fue un educador durante toda su vida, tanto en su predicación sacerdotal como cuando instruía a otros en la fe, o daba clases de formación sobre el espíritu del Opus Dei a los miembros de la Obra y a sus amigos. Quienes le escuchaban, recordaban sus clases por la profundidad de su contenido, claridad y buen humor. Sus palabras dejaban una impresión honda, quedando “esculpidas en sus mentes y sus corazones” hasta el punto de que, incluso muchos años después, todavía las recordaban y podían transmitir las claramente a los demás.

1. San Josemaría, educador

Podemos considerar que la labor educadora de san Josemaría comenzó en el seminario donde, como Inspector del San

Francisco de Paula, de Zaragoza, entre 1922 y 1925, contribuyó a la formación de los seminaristas. Como profesor trabajó de 1927 a 1933 impartiendo las materias de Derecho Romano y Derecho Canónico: primero en el Instituto Amado, en Zaragoza, durante el curso 1926-1927 y, más tarde, de 1927 a 1933, en la Academia Cicuéndez en Madrid. Durante el curso 1940-41 se encargó de las asignaturas de Ética General y Moral Profesional en unos cursos organizados por el Ministerio de Gobernación, que desaparecieron al surgir al año siguiente la Escuela Oficial de Periodismo. Como profesor, san Josemaría, según recuerdan sus discípulos, era un maestro exigente, que no se quedaba en el plano teórico, sino que ponía ejemplos prácticos y casos de la vida real para fijar los temas en la mente de sus alumnos (cfr. AVP, I, pp. 269-70).

En *Surco* escribió: “Profesor: que te ilusione hacer comprender a los alumnos, en poco tiempo, lo que a ti te ha costado horas de estudio llegar a ver claro” (S, 229). Se puede decir que el método de enseñanza de san Josemaría traslucía el espíritu del Opus Dei, aplicado a este campo concreto, tomando como fuente la vida de Cristo. A quienes tenían pasión de enseñar a otros, les sugería que miraran a Cristo como maestro, y enseñaran del mismo modo que Él enseñó. Así lo concretó en *Forja*: “Coepit facere et docere –comenzó Jesús a hacer y luego a enseñar: tú y yo hemos de dar el testimonio del ejemplo, porque no podemos llevar una doble vida: no podemos enseñar lo que no practicamos. En otras palabras, hemos de enseñar lo que, por lo menos, luchamos por practicar (F, 694).

El primer centro educativo fundado por san Josemaría fue la Academia DYA, constituida en 1933, a la que siguió la Academia y Residencia DYA en 1934, para estudiantes universitarios de Madrid. El rasgo común de esta labor y de las que vendrían después esparcidas por el mun-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.